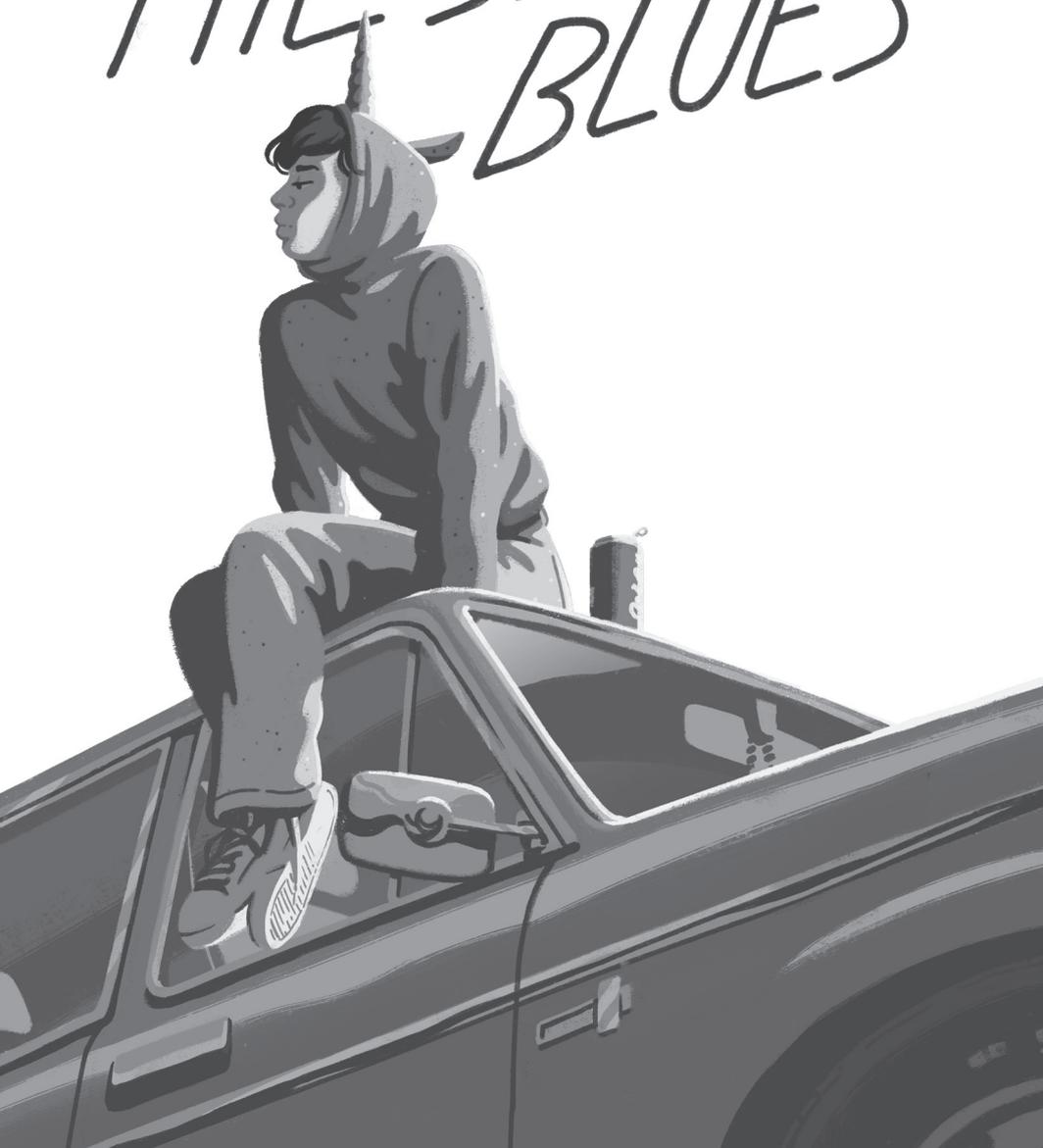


Robbie Couch

THE SKY  
BLUES



Primera edición: octubre de 2023

Dirección editorial: Berta Márquez  
Coordinación editorial: Xohana Bastida  
Dirección de arte: Lara Peces

Título original: *The Sky Blues*  
Traducción del inglés: Ana H. Deza

Edición publicada por acuerdo con BookEnds Literary  
a través de International Editors & Yáñez Co' S.L.

© del texto: Robbie Couch, 2021  
© de la traducción: Ana H. Deza, 2023  
© Ediciones SM, 2023  
Impresores, 2  
Parque Empresarial Prado del Espino  
28660 Boadilla del Monte (Madrid)

ISBN: 978-84-196-2119-1  
Depósito legal: M-14068-2023  
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública o transformación de esta obra  
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,  
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))  
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A la gente que resiste*





## TREINTA DÍAS

Me estoy duchando con Ali Rashid. Exacto: con Ali Rashid. Los dos estamos desnudos y podría fijarme en un montón de partes de su cuerpo, pero soy incapaz de apartar la vista de... sus cejas. Sus gruesas, tupidas y gloriosas cejas. Creo que nunca me había fijado tanto en las cejas de nadie como en las de Ali. Sus cejas son distintas, creo. Las he mirado tantísimas veces –intentando distinguirlas en aulas a rebosar de gente y entre los filtros de Instagram– que apuesto a que sería capaz de dibujarlas de memoria, folículo a folículo. Sí, lo sé: admitir esto suena superraro y gay.

Es lo que hay. Hola, soy gay y soy raro.

–¿Puedo besarte, Sky? –me pregunta.

Sus largas pestañas rizadas esconden el color avellana de ojos. Tiene unas pestañas tan bonitas como sus cejas, negras como el azabache y tan espesas que ellas solitas podrían firmar un contrato como supermodelo, lo juro. Estoy deseando contarles esto algún día a nuestros gaybies (gay + babies): el primer beso de sus padres. Seguramente les produzca arcadas, pero me da igual.

–¡Venga, Sky! –me grita la madre de Bree desde fuera del baño.

Doy un respingo y dejo de soñar despierto. O de soñar en la ducha, más bien. O de sueñoducharme. Sí, eso es: estaba sueñoduchándome con Ali. De vez en cuando me pasa.

Nervioso, alargo la mano para agarrar la cortina de la ducha y recuperar el equilibrio, y el chisme entero se viene abajo con mi peso. Resbalo y acabo despatarrado sobre la alfombrilla del baño, como un pez blancurrio y resbaladizo recién sacado del lago Míchigan. Hago tanto ruido al caer como si hubiera estallado una bomba (una bomba empapada, jabonosa y muerta de vergüenza). Grito, más por el susto que por el dolor.

—¡Dios mío! —exhala la madre de Bree al otro lado de la puerta, mientras la alcachofa de la ducha se sacude y empieza a lanzar agua literalmente por todas partes. Las dos pitbulls de Bree, Thelma y Louise, empiezan a ladrar a poca distancia.

—¿Estás bien, Sky?

—No... —gimo—. O sea, sí, pero...

Demasiado tarde.

La puerta se abre de golpe durante un microsegundo, y veo la montura roja de las gafas de la señora Brandstone antes de poder reaccionar. Suelto un grito de protesta desde el suelo resbaladizo, donde estoy tirado boca arriba. Ella también chillaba y cierra la puerta de golpe.

Me va a dar algo. Estoy completa, total y absolutamente muerto de cringe.

Esto entra en el top cinco de momentos vergonzosos de mi vida: es aún peor que el día en que Marshall, mi mejor amigo, se tiró un pedo tremendo en clase de Educación Física cuando íbamos a séptimo, y luego salió corriendo y todos pensaron que había sido yo.

—Tranquilo, que no he visto nada —miente la madre de Bree fuera del baño—. Pero, aunque lo hubiera hecho, no tienes nada que no haya visto ya, cariño. Eso sí, por favor te lo pido: date prisa, que Bree te está esperando fuera y vais a llegar tarde.

Puntual como un reloj, Bree —mi otra mejor amiga— empieza a tocar el claxon desde fuera, como si fuera a haber un apocalipsis si llegamos treinta segundos tarde a primera hora. Me va a matar.

—¡Dile que ya voy!

Me levanto y corto el agua antes de colocar la barra y la cortina en su sitio. La mitad del suelo del baño es un charco.

Qué desastre. Este baño y mi vida, las dos cosas.

Apuesto a que, en este mismo momento, Ali está sueñoduchándose con otra persona en su casa de la avenida Ashtyn. Es la tercera casa desde la esquina; la que tiene las persianas de color aguamarina y un gato —Franklin— que se pasea por la ventana delantera.

Vale, sí. Estoy colado por Ali Rashid.

No estoy orgulloso de ello. Estoy cualquier cosa menos orgulloso, de hecho. Me incordia. Me tiene frito. Me encantaría chascar dos dedos y olvidarme de que existe Ali Rashid. Pero existe, y estoy desesperada, perdida y eternamente enamorado de él, con sus cejas seductoras, sus pestañas XXL y las arruguitas que le salen cuando se ríe de uno de mis chistes. Sobre todo cuando suelta un resoplido, porque entonces sé que le ha hecho gracia de verdad.

Pero estar tan colado por alguien es desconcertante.

En los diecisiete años que llevo en este planeta, Ali es el único chico que me ha hecho sentir así. Bueno, la única per-

sona, punto. Y resulta que estar tan enamorado no es algo eufórico y celestial, como dicen los cuatrocientos millones de comedias románticas que he visto demasiadas veces para contarlas.

Como cuando Lara Jean finalmente le confiesa su amor a Peter en el campo de lacrosse en *A todos los chicos de los que me enamoré*, y luego todos viven felices y comen perdices. O como en *Súper empollonas*, cuando Hope aparece en la puerta para darle a Amy su número de teléfono justo antes de que ella se vaya a Botsuana durante el verano (qué oportuno).

De acuerdo: algunos días sí me siento así, claro. A veces, me siento como Simon Spier (el de *Con amor, Simon*) cuando se monta en la noria. Tengo momentos en los que Cupido se lanza sobre mí y me taladra con una gran flecha gay, y mis ojos se convierten en emojis de corazoncitos y me quedo sin aliento durante cinco segundos.

Pero hay un problema: Ali es hetero. Bueno, puede que sea hetero. ¿Sí, no...? No tengo ni idea. Somos más o menos amigos, pero nada más. Aún no, vaya. No creo.

En fin.

Bree —que ahora tiene la mano pegada a la bocina para machacarme con el ruido hasta que salga— cree que tengo alguna oportunidad con él. Los únicos que saben que estoy obsesionado con Ali Rashid son ella y el resto de la familia Brandstone, y eso no va a cambiar. Bueno, al menos durante treinta días.

Treinta puñeteros días.

Me vuelvo hacia el espejo empañado y paso la mano por su superficie. Miro mi pelo del color de la arena, empapado y

pegado a la frente (me lo voy a tener que cortar pronto) y veo que me está saliendo un grano en la nariz. Al menos, mis ojos no están mal. Probablemente sea lo que más me gusta de mi cara (aunque palidezcan en comparación con los de Ali). Son del mismo color que el azúcar tostado; mi madre me lo dijo una vez, cuando era pequeño. No sé por qué, nunca lo he olvidado.

El vaho del espejo se empieza a desvanecer, revelando parte de mi torso y recordándome la regla número uno que me puse cuando me mudé con los Brandstone: nunca, nunca, nunca debo mirar mi reflejo justo después de salir de la ducha. Porque el agua caliente hace que Marte —la cicatriz de mi quemadura— tenga un aspecto infinitamente peor que el habitual.

Marte —que está a la izquierda de mi pecho, justo sobre el corazón— me acosa desde el accidente. Siempre tiene mala pinta, sinceramente. Pero, después de diez minutos bajo el agua caliente, se pone un millón de veces más rojo de lo normal, y eso me da aspecto de personaje de película de zombis (en concreto, ese al que acaban de morder y está a punto de convertirse en un monstruo caníbal).

Como no había espejos grandes en el diminuto apartamento de mi madre, cuando vivía allí me resultaba más fácil ignorar la existencia de Marte. Era una de las pocas «ventajas» de las que disfrutamos Gus (mi hermano mayor) y yo durante nuestra infancia sin dinero, ropa nueva ni espacio: al menos, no teníamos muchas oportunidades de ver Marte accidentalmente en un espejo. Sin embargo, la cosa cambia mucho en casa de los Brandstone, con sus espejos del tamaño de pizarras del insti.

Maldito Marte...

Bree sigue pitando en la entrada, y a estas alturas ya no me resulta molesto sino graciosísimo. Su obsesión con todo el tema académico se hace aún más potente entre las siete y las nueve de la mañana, cuando le da el subidón del cacao que toma siempre para desayunar. Creo que está intentando tocar el claxon al ritmo de una canción de Ariana Grande que la tiene loca. No sé... Sea como sea, suena absurdo.

—¡Sky! —grita su madre desde la cocina; a estas alturas, está tan enfadada conmigo como con su hija. Al oírla, Thelma y Louise rompen a ladrar como posesas—. ¡Espabila!

Reprimo una carcajada y le aseguro que ya voy.

Tres minutos más tarde, monto de un brinco en el asiento del copiloto, con la mochila en la mano y el pelo aún mojado.

—¡Lo siento!

Bree pisa a fondo el acelerador.

—Voy a matarte —dice, medio en broma medio en serio.

Da marcha atrás por el kilométrico camino de entrada (vale, en realidad no mide un kilómetro, pero la parcela es enorme), y el coche ruge como si protestara.

—A primera hora quiero terminar lo del anuario —explica.

—¿No podrías olvidarte por un día de tus obligaciones como redactora jefa? —suspiro, mientras el coche da un bandazo para incorporarse a la calzada con un chirrido de las ruedas—. Yo llevo desmotivado con el instituto desde que iba a segundo.

—Créeme, lo sé perfectamente — responde, y le da un sorbo a su termo de cacao.

Si alguien llegara de nuevas a Rock Ledge y viera la casa de los Brandstone, seguramente pensaría que nuestro pueblo

es un lugar de gente con pasta. Pero se equivocaría de medio a medio: Bree vive en la costa, la única zona rica de este distrito. E incluso en su zona, muchas de las casas son segundas residencias de familias que viven más al sur. Los Brandstone viven en una urbanización tranquila, con una playa privada igual de tranquila y una población de amas de casa no tan tranquilas. A diferencia del resto del pueblo, por allí el asfaltado de las calles se retoca cada cierto tiempo.

En cuanto al verdadero Rock Ledge, es otra historia. ¿Sabes esos pueblos decrepitos que salen en los anuncios de las campañas políticas, cuando hablan de lo mal que va la economía? Aceras desiertas, escaparates cerrados, ancianos sentados en sus porches que recuerdan los buenos tiempos con cara de funeral... Bueno, pues ese es el auténtico Rock Ledge.

Bree atraviesa una zona boscosa para dirigirse hacia la parte no turística de la ciudad, lejos de los pintorescos hotelitos que venden mapas enmarcados del lago Míchigan por ochocientos dólares. El panorama es bastante deprimente: estamos en marzo y ya se ha derretido casi toda la nieve, pero los árboles siguen desnudos y solo se ve hierba de color pis y barro de color caca.

—Bueno —carraspeo—. Tengo que contarte una cosa.

Los ojos azules de Bree chispean de intriga.

—¿Qué pasa?

—Tu madre me ha pillado...

—¿Dónde?

—En el baño.

—¿Qué?

—Cuando estaba en la ducha.

Bree contiene un jadeo de sorpresa, y su rostro sonrosado y pecoso se ilumina. Al menos, se le ha olvidado que llegamos tarde por mi culpa.

—Estaba desnudo —concreto.

—Vale, eso lo daba por sentado —a Bree le encantan los giros de guion. Siempre dice que detesta los dramas, pero hace tiempo que me he dado cuenta de que las personas que afirman eso son las más dramáticas de todas—. ¿Vio algo? —sus pupilas oscilan entre la carretera y yo mientras el coche zigzaguea sobre las rayas medio despintadas de la carretera.

—No. Bueno, no lo sé. Me dijo que no.

—Por lo que más quieras, dime que no te estabas masturbando.

—¡Para!

—Es justo lo que estabas haciendo, ¿a que sí?

—Bree, antes de las ocho de la mañana no tengo fuerzas ni para atarme los cordones. A esas horas me falta motivación, ¿vale?

Me ignora y se recoge el largo pelo castaño en un moño apretado.

—Te la estabas pelando con Ali, no me mientas —maneja el volante con las rodillas mientras se atusa el pelo mirándose en el espejo retrovisor, y yo me agarro con todas mis fuerzas a la manija del techo.

—Estaba sueñoduchándome, ¿vale? Nada más.

—¿Sueñoduchándote? —ladea la cabeza, confusa, mientras pasamos un cruce a toda pastilla—. ¿Eso es masturbarse en gay?

Derrapamos en el aparcamiento de alumnos justo cuando empieza a sonar el timbre de primera hora.

—¿Quedamos junto a la clase de Winter a la hora de comer? —pregunta Bree y, sin esperar respuesta, sale zumbando del coche y echa a correr por el césped empapado hacia la cárcel que es nuestro instituto.

—Sí —suspiro para mis adentros—. Luego nos vemos.

La sigo, pero mucho más despacio. Voy pasando entre los coches junto con un puñado de alumnos del último curso que llegan tarde, hartos del instituto y enfermos de «terminitis» (la epidemia de vagancia que aqueja a todos los que están a punto de acabar el insti). El último semestre ya agoniza de forma lenta e intrascendente, así que cada mañana somos más los que pasamos de entrar a primera hora y nos quedamos tomando café de gasolinera y poniendo música que atruena por todo el campo de fútbol. Hoy somos docenas, y la canción que suena es una balada country que me tiene hartado desde octubre.

Paso junto a una panda de deportistas descerebrados y noto cómo sus ojos juzgan cada uno de mis movimientos. Algunos hacen muecas de burla, y el más odioso de todos, Cliff Norquest —su cabecilla, cómo no—, se pone a imitar mi forma de andar entre risas.

Se me cae el alma a los pies.

Me doy cuenta de que estoy meneando demasiado las caderas: eso es lo que han detectado. Intento caminar más tieso. Nada de desviaciones, literalmente. Si eres un chaval abiertamente gay en el instituto de Rock Ledge y tienes más pluma que un indio, terminas por pensar en estas cosas. De hecho, las tienes siempre en la cabeza. Casi tanto como las cejas de Ali Rashid.

Ah, y los libros: tengo que llevarlos colgando, con el brazo estirado y sin apoyarlos en la cadera, como hace Bree. De nuevo, la forma en que lo hagas delata si eres gay o no.

De pronto, recuerdo la camisa que me he puesto. Mierda: entre los bocinazos de Bree y los gritos de la señora Brandstone para que me diera prisa, pillé lo primero que vi en el armario. Y esta camisa está bien para ir al cine, al centro comercial o a cualquier otra parte, pero no al instituto. No a este instituto, vaya. Es de color rosa pálido y, si la llevo yo, grita «gaaaaaaay» a voces. Si fuera por mí, me la abotonaría hasta arriba; así es como hay que llevar este tipo de camisa. Pero no estamos en París, Francia, sino en Rock Ledge, Michigan.

Así que desabrocho el primer botón.

Ya lo sé: si a estas alturas todo Rock Ledge sabe que soy gay, ¿qué más dan estas cosas? Debería poder ponerme una camisa gay, llevar los libros como me dé la gana y caminar como me salga del cuerpo. Pero la gente de este pueblo tiene un bajo umbral de tolerancia hacia todo lo diferente, y no quiero tentar a la suerte.

—Eh, memo —Marshall se estampa contra mí y me agarra del hombro derecho. Es como un cachorro gigante: siempre aparece de la nada con una sonrisa en la cara—. ¿Cómo andamos?

—No te imaginas lo que me ha pasado... —estoy a punto de contarle a Marshall el dramón de esta mañana con la señora Brandstone, pero al ver que tiene al lado a Teddy, uno de sus amigos de atletismo, me muerdo la lengua.

No tengo nada en contra de Teddy —es bastante majo—, pero tiene cuerpo de guardaespaldas, una voz como cien octavas más grave que la mía y una onda hetero que no puede con

ella, así que me corto cuando lo veo cerca. Si trazara un diagrama de Venn y comparara mi personalidad con la de Teddy, nuestros conjuntos no se superpondrían en ningún punto, ni siquiera microscópico.

Marshall se me queda mirando.

—¿Qué es lo que no me imagino?

Suelto un resoplido para ganar tiempo y trato de pensar en algo rápidamente.

—Que Bree está enfadada conmigo porque, por mi culpa, hemos llegado tarde a primera hora.

Teddy tira de las correas de su mochila y me mira con curiosidad.

—¿Se ha pasado ya de faltas de asistencia este semestre?

—No es eso —digo.

—Es peor: Brandstone aún no se ha contagiado de terminitis —Marshall suspira.

Los dos se ponen a hablar de cosas de atletismo mientras caminamos por el césped encharcado, así que se me van los ojos en busca de Ali. Estoy seguro de que se encuentra cerca. En serio: a veces es como si tuviera un sexto sentido, no para ver a los muertos, sino para saber cuándo tengo a Ali a menos de treinta metros. M. Night Shyamalan estaría orgulloso de mí.

—Eh —me dice Marshall, dándome un toque en el hombro.

—¿Qué...?

Señala con la cabeza a Teddy, que al parecer estaba hablando conmigo.

—Ah —me giro para mirar a Teddy—. Perdona.

Está visto que soñar despierto no es bueno para mi vida social, ni en la ducha ni en el instituto.

Teddy se ríe.

—Tranquilo, no era nada. Solo te preguntaba dónde habías comprado esas zapatillas. Molan.

Miro mi viejo par de zapatillas, amarillentas y manchadas de barro. Gus las dejó en casa de mi madre hace tiempo y yo me las apropié. La verdad es que no recuerdo cuándo fue la última vez que tuve dinero suficiente para comprarme unas zapatillas nuevas, y no tengo ni idea de dónde pillaría estas. Gus hace más de cinco años, pero no tengo por qué soltarle todo eso a Teddy.

—Pues la verdad es que no estoy muy seguro —le digo—. Gracias, en todo caso.

—Nada —Teddy empieza a separarse de nosotros para entrar por otra puerta al instituto—. Tengo a Butters a primera hora. Luego os veo.

—Hasta luego —dice Marshall.

—Adiós —añado yo.

En cuanto Teddy está lo bastante lejos como para no oírme, le cuento a Marshall las auténticas noticias.

—Bueno, pues la cosa es que, esta mañana, la señora Brandstone me vio desnudo en el baño —le suelto.

Marshall, boquiabierto, me ofrece un chicle de canela. Es el expendedor oficial de chicles de canela.

—¿Y eso por qué? Qué mal rollo, ¿no?

Me meto el chicle en la boca y le explico exactamente lo que pasó. Bueno, no exactamente. Le digo que me pegué un susto, que la cortina de la ducha me traicionó y que la madre de Bree debió de vérmelo todo. Dejo de lado mi sueño de ducha con Ali, porque no me parece apto para los heterosexuales oídos de Marshall; de hecho, ni siquiera le he hablado de lo

coladísimo que estoy por Ali, tanto que no puedo pensar en otra cosa.

Marshall cierra los ojos y los abre de golpe para mostrar lo mucho que le impresiona imaginarse la escena. Teniendo en cuenta que mis dos mejores amigos son heteros, son unas drama queens como la copa de un pino, en serio.

Luego, empieza a partirse de risa.

—¿Qué vio, todo? —pregunta entre dos carcajadas.

—Ni idea.

—¿Crees que entró a propósito?

—Uf, espero que no.

—¿Te ha visto la pirula?

—Me niego a responder a esa pregunta.

—¿Eso es un sí?

—No. ¿Y por qué la llamas «pirula»? Puaj.

—Vale, tienes razón, pero...

—Bueno, ¿qué tal la competición? —le corto.

—Estoy destrozado —dice, mientras esquivamos un charco de barro que se ha ido expandiendo por el césped del instituto con la perversa intención de convertirlo en un pantano—. Me han destruido, machacado con un bate y pateado cuando estaba en el suelo. Estoy muerto y enterrado y han bailado sobre mi tumba.

—¿Bailado sobre tu tumba? ¿En serio la gente habla así?

—Pero he ganado mis carreras, Teddy lo ha bordado y Ainsley ha podido venir, así que estoy contento.

Ya salió a relucir Ainsley. En fin, vamos mejorando: Marshall casi ha sido capaz de mantener una conversación entera sin mencionar a su nueva (y primera) novia. Ha estado a punto de conseguirlo.

No quiero parecer celoso —espero que les vaya bien, como cualquier buen amigo, claro—, pero creo que está demasiado obsesionado con ella. Vale, sí: no tanto como yo con Ali. Pero, aun así, es un poco demasiado.

Hablando de Ali..., ahí está.

El set completo: ojos color avellana, cejas y pestañas, justo a mi izquierda. Esta vez no estoy soñando despierto: Ali está ahí mismo, apoyado contra la pared del instituto como un modelo de la revista *GQ*, hablando con sus mejores amigos (que deben de ser las personas más afortunadas del planeta).

¿Cómo puede ser tan perfecto? ¿Cómo es posible que se unieran los cromosomas X e Y de dos seres humanos relativamente normales para crear un espécimen tan sublime? Puede que la ciencia jamás desvele el misterio. Habremos colonizado la Luna antes de descifrar el secreto de la sensualidad de Ali Rashid, no me cabe duda. Además de ser guapo, lo está, con unos vaqueros negros y una gorra de color amarillo chillón con la visera hacia atrás. Un segundo. ¿Sabe que el amarillo es mi color favorito? ¿Me estará enviando algún tipo de señal?

Por supuesto que no: es una puñetera gorra amarilla, sin más. Pero esto es lo que le pasa a mi cerebro cada vez que Ali Rashid anda cerca.

Me pillá mirándole y me devuelve la sonrisa. Se me derrite un poco el corazón. Bueno, un montón. Se me derrite un montón. Me gusta mucho este chico. Mucho mucho.

Y esta es la cosa (una cosa loquísima, que me da un corte que me muero): dentro de treinta días, voy a pedirle salir a Ali Rashid. A ver: de hecho, lo que le voy a pedir es que venga conmigo al baile de graduación. ¿Por qué? Porque estoy loco. Pero Bree me ha insistido tanto que he acabado por creer que

tengo alguna oportunidad con él. Una pequeña oportunidad, sí; tan tonto no soy. Pero es una oportunidad.

Además, para mí también es algo simbólico. ¿Qué mejor forma de plantar cara a Cliff y a los payasos de sus colegas que presentarme en el baile de graduación de la mano de uno de los chicos más guapos y populares del instituto? Sería el mayor zasca de todos los zascas, por lo menos en la historia del instituto Rock Ledge.

Sé que pedirle salir a Ali es un riesgo. Uno grande.

Puede que sea hetero hasta la médula, y entonces quedaré como un completo idiota. Pero, como dice el famoso póster que hay en todas las salas de profesores, ese con una foto de una canasta de baloncesto, «si no te atreves a tirar, nunca encestarás» (o algo así). Últimamente no dejo de pensar en eso; y sí, sé que es moñas a morir y totalmente ridículo, pero en el fondo no deja de ser cierto. Tengo que lanzar la pelota, aunque haya muchas posibilidades de que se estampe sin llegar ni a rozar la canasta.

Tengo miedo. No, más: tengo pavor, tanto que casi me paraliza. Pero soy un chaval gay con terminitis aguda, dispuesto a jugármelo todo por el chico al que creo que amo.

Y solo me quedan treinta días.